



temas de hoy

Novela

634 g

143 286 palabras



La gula

Asako Yuzuki

ASAKO YUZUKI
LA GULA

Traducción de Yoko Ojihara y Fernando Cordobés

Título original: *BUTTER*

© Asako Yuzuki, 2017

Publicado originalmente en japonés por SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd., Tokyo.

Esta edición se ha acordado con SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd. through The English Agency (Japan) Ltd.

Temas de hoy agradece el apoyo económico de la Japan Foundation

JAPAN FOUNDATION  国際交流基金

© por la traducción, Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2022

Corrección de estilo a cargo de Ana Robla

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio 2022

ISBN: 978-84-9998-929-7

Depósito legal: B. 9.512-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Las casas alargadas y estrechas color crudo del nuevo desarrollo urbanístico se extienden una tras otra sin fin ocupando la totalidad de una suave colina. A Rika le da la sensación de que da vueltas y más vueltas por el mismo sitio desde hace ya un buen rato, porque solo recibe la misma impresión de orden allá donde mire. Las cutículas de las uñas de su mano derecha se le congelan a causa del frío intenso.

Es la primera vez que se baja en esta estación de la línea de tren Den-en-toshi. Es una zona residencial a las afueras, de esas a las que se considera ideales, modélicas para la crianza de niños, con las calles anchas, casi exageradamente anchas, porque están diseñadas para familias que se desplazan en coche. Rika Machida camina siguiendo las indicaciones del mapa en su teléfono móvil, no demasiado lejos de la estación, rodeada de amas de casa que van y vienen de la compra para la cena. Ya no hay nada que hacer, pero no deja de extrañarle que Reiko se haya comprado una casa, precisamente, en un

lugar como este. Hipermercados, restaurantes, videoclubes... No se ve una sola librería, ni una sola tienda que no sea una franquicia, de esas del barrio de toda la vida, y todo ello crea una atmósfera carente de cultura, de historia.

La semana pasada Rika viajó en el día a una ciudad de la isla de Kyūshū para investigar sobre la víctima de un caso de abuso de menores y, en el barrio donde vivía, aparte de un supermercado de una cadena de la que nunca había oído hablar o de los anuncios de varias academias de estudio de apoyo, no encontró nada más que casas y más casas. Se cruzó con un grupo de chicas de instituto con unos uniformes largos que no había visto antes. Mientras caminaba ella sola por aquella ciudad a la que seguramente nunca habría ido de no ser por el trabajo, sintió como si se alejase de su vida cotidiana, como si su propia existencia estuviese desapareciendo. El cielo color crema no mostraba los relieves de las nubes. Ahora ha vuelto a notar esa misma sensación, como si no hubiera despertado del todo de un sueño sin color.

«Al menos aquí hay un sitio donde me esperan», se dice Rika para tirar de su conciencia, que está a punto de abandonarla. Entra en otro supermercado y decide que será el último donde lo haga. Siente el ligero aroma de las manzanas frías, el del cartón mojado, algo muy característico de los supermercados. Una mujer de mediana edad prepara un plato de carne a la plancha y ofrece pequeñas porciones a los clientes con una voz atiplada. Sin ninguna intención especial coge un paquete de filetes de cerdo. Se pregunta cuánto tiempo hace que no ve tan de cerca todos esos alimentos sin cocinar. La carne de cerdo es rosácea y la parte de la grasa de un blanco intenso. Parece muy fría.

Desde que ha pasado Futako-Tamagawa no deja de enviar mensajes de LINE. Reiko se ha ofrecido a ir a buscarla a

la estación, pero Rika le ha dicho que no hacía falta y le ha preguntado si quería que le llevase algo. Hoy ha vuelto a casa muy temprano por la mañana y se ha quedado dormida después de desplomarse en la cama. Luego se ha duchado y ha trabajado un rato en el ordenador corrigiendo unas cuantas cosas. Más tarde se ha reunido con un columnista en Shibuya y, cuando ha llegado la hora, se ha subido al tren a toda prisa. No le ha dado tiempo a hacer la compra y, por mucha confianza que tenga con su amiga, le inquieta ir de visita a la casa de unos recién casados con las manos vacías. La respuesta le ha llegado enseguida en la forma de un *sticker* con la imagen de un conejo. Reiko ha recuperado su espíritu juguetón desde que dejó el trabajo el año pasado.

Entonces me aprovecho de ti. Si ves
mantequilla, tráeme un paquete, por favor.
Este invierno es casi imposible conseguirla,
pero si no encuentras, no te preocupes, de
verdad. Prefiero que vengas pronto.

La sección de lácteos está iluminada con una luz amarilla, cálida, que crea una atmósfera de sosiego. En la estantería inferior hay cinco líneas completamente vacías con un cartel: «Ante la escasez del producto, les rogamos que adquieran un único paquete de mantequilla por persona». Ha ido a tres supermercados distintos y en todos lo mismo. «Qué le vamos a hacer», piensa. No le queda más remedio que optar por una margarina que tiene una densidad similar a la de la mantequilla y se acerca deprisa a la caja.

La nueva casa de Reiko está a cinco minutos a pie de la estación, en una calle ligeramente en pendiente. Es una casa de tres plantas que ocupa casi la totalidad del terreno sobre el

que se levanta, de unos noventa metros cuadrados. No resulta nada fácil distinguirla de las de alrededor, y en el aparcamiento el Toyota está encajado como si lo hubiesen metido con calzador. En la rampa de acceso a la puerta de la casa hay varias macetas rectangulares inundadas de flores: crisantemos, violas... La puerta está decorada con una corona de hojas de acebo y sus frutos rojos. Pulsa el botón del telefonillo y al fin respira.

—¡Hola, bienvenida! ¡Ay, Rika, cuánto tiempo! —Nada más abrir la puerta, Reiko aparece con el delantal puesto y le da un abrazo.

Rika responde a su gesto con naturalidad y rodea sus hombros finos. Rika, con su metro sesenta y seis y unos brazos y piernas largas, puede envolver del todo el cuerpo de Reiko, pequeño y delgado. Enseguida nota como de su cabello emana un característico olor a violetas y siente un calor en los lagrimales. Tal vez esté hambrienta de cariño, del calor de otro cuerpo.

Hoy no van a estar tanto tiempo juntas, en realidad. En la universidad se pasaban los días enteros juntas, pero hace ya seis meses que no se veían. A pesar de que Reiko ha dejado el trabajo, no les resulta fácil quedar, porque Rika sigue muy ocupada. Se supone que tiene dos días libres a la semana, el martes y el miércoles, pero ella imagina que el único de entre sus compañeros que realmente disfruta de sus días libres es Kitamura, un chico más joven que ella y que lleva menos tiempo en el trabajo. Hoy es miércoles, de hecho, y aun así ha tenido una reunión y cuando se marche de casa de su amiga tiene previsto pasar por la oficina para ocuparse de unos asuntos.

Mezclado con el olor de madera típico de las casas nuevas, desde el fondo de la habitación le llegan los aromas de un caldo y de queso gratinado. Se calza unas zapatillas calentitas

de andar por casa que le ofrece su amiga y se quita la trenca. Se desliza por el suelo inmaculado y se dirige hacia el interior de la casa iluminado con una luz anaranjada. El salón tiene una extensión aproximada de unos diez tatamis, con cocina americana. Es igual que tantos otros, sin ninguna característica especial, pero gracias al sofá, a las cortinas de estampado *liberty*, a la librería, a una vitrina de aspecto antiguo cargada de platos y a un collage anónimo colgado en la pared, mantiene esa atmósfera acogedora que tenía su pequeño apartamento de soltera en Oyamadai.

El olor de las violetas se intensifica. Le produce una sensación familiar. No ve una sola foto de la boda, de la luna de miel, algo muy propio de Reiko. Nunca le han gustado las fotos, se acuerda Rika. Va al baño a lavarse las manos, se enjuaga la boca en el lavabo y se las seca con una toalla pequeña doblada dentro una cesta como si en realidad fuese el baño de un hotel. Tiene una suave fragancia a suavizante y, aunque no suele prestar atención a ese tipo de detalles, le dan ganas de preguntar de qué marca es.

—Lo siento, además de llegar tarde solo he podido encontrar esto. —Desilusionada saca de la bolsa de plástico un paquete donde se puede leer: «Margarina densa. 50% de mantequilla».

—¡Ah, qué bien! —dice Reiko. La guarda en la nevera enseguida.

A decir verdad, Rika no conoce bien la diferencia entre mantequilla y margarina.

—He dado un montón de vueltas en varios supermercados y, al final, solo he encontrado margarina...

—¡Vaya, lo siento! Dar vueltas y mantequilla... Parece como ese libro, *Little Black Sambo*.

Reiko se ríe y, cuando vuelve de la cocina, saca un ejemplar de la librería con la cubierta roja.

Rika cree haberlo leído cuando estaba en la guardería, pero solo recuerda vagamente el argumento, aunque el color de la cubierta y las líneas simples de los dibujos parecen decirle algo.

—Compro cuentos ilustrados que me gustan para cuando nazca el bebé porque las ediciones suelen agotarse enseguida. *Little Black Sambo* ya no se vende tanto como antes, ya sabes, hay quien lo considera racista, pero a mí no me lo parece en absoluto.

Por su forma de hablar da la impresión de que el bebé ya está de camino, casi como si fuera a presentarse en el salón en cualquier momento. El ginecólogo le dijo que el hecho de que después de dos años de casada siguiera sin quedarse embarazada solo se podía achacar al estrés, y a finales del verano del año pasado se decidió, al fin, a dejar un trabajo que no le concedía tiempo para ir al médico siquiera. Rika observa a su íntima amiga mientras ojea con aire divertido las ilustraciones del libro.

Nada en ella hace intuir que esté embarazada, pero sí ha adquirido esa calma tan peculiar de las madres. En comparación con la época en la que trabajaba, su pelo y su cutis apenas maquillado resplandecen, las pupilas marrones se notan frescas y húmedas y sus labios parecen los pétalos de una flor, todo lo cual no hace sino aumentar la atmósfera de paz que transmite. Bajo una falda estampada de florecillas sobresalen sus piernas delgadas enfundadas en unas mallas azul marino y en unos calentadores de lana. Mientras que cuando trabajaba en el departamento de comunicación de una gran productora de cine siempre vestía de forma impecable, ahora se la ve más relajada, casual, muy mona, como una parisina. Parece una niña, y en absoluto aparenta los treinta y tres años que también tiene Rika. Cuando dejó el trabajo, Rika sintió

lástima de que alguien tan brillante como ella renunciase, y la sensación de abandono llegó incluso a quitarle el sueño durante un tiempo. De hecho, discutieron más de una vez por teléfono.

Mientras mira las ilustraciones del libro por encima de su hombro, tiene la misma sensación que en su época de la universidad, cuando intercambiaban libros y apuntes en el anfiteatro.

Little Black Sambo cuenta la historia de un niño negro que se topa en la jungla con unos tigres que se lo quieren comer, y para quitárselos de encima les entrega todas sus pertenencias, pero como los animales rivalizan entre ellos por quedarse con todo, se muerden las colas y empiezan a dar vueltas y más vueltas alrededor de un árbol hasta que, de tanto trasiego, terminan transformándose en un líquido que resulta ser mantequilla. El padre del niño encuentra la mantequilla y los tigres acaban como tortitas en los estómagos de la familia de Sambo. La historia tiene un desenlace inesperado, sin duda, pero también cruel.

—Supongo que la familia de Sambo no se daba por vencida con facilidad. Lo siento por los tigres.

—¿Qué dices? Los malos son los tigres. Son ellos los que se querían comer al niño. Eran unos vanidosos, orgullosos de su velocidad y de su fuerza, y al final acaban destruyéndose a sí mismos. Toda la culpa de lo que les ocurre es suya, ¿no crees?

Mientras discuten sobre la moraleja del cuento se abre la puerta de la casa.

—¡Anda, Rika, ya estás aquí! ¡Cuánto tiempo!

Ryōsuke trabaja en el departamento comercial de una importante marca de dulces y vuelve a casa a una hora impensable para Rika. Cuando estaba en la universidad, jugaba a fútbol

americano en la posición de *quarterback* y tiene una envergadura que obliga a levantar la cabeza para mirarle a esos ojos ligeramente rasgados y entornados que dan la impresión de una perpetua sonrisa, con unas mejillas rojas como las de un eterno despreocupado. A primera vista no parece tener nada en común con Reiko, ni siquiera un tema de conversación. Se conocieron durante la campaña de promoción de una película para la que se imprimió la cara de la protagonista en unas pequeñas tartas y se reunieron los dos en varias ocasiones para sacar el proyecto adelante. Reiko se dio cuenta enseguida. Nada más verle pensó: «Es mi hombre». Al principio, Ryōsuke se quedó perplejo ante los avances de Reiko, porque se había hecho la idea de que era una mujer inaccesible. Sin embargo, cuando descubrió esa parte pura y tímida suya, él le abrió su corazón. Ryōsuke se crio con tres hermanos, con unos padres que se llevaban bien y que regentaban una tienda de licores en la prefectura de Saitama, y siempre había transmitido esa sensación de calma que tanto atrajo a Reiko desde el primer momento. Rika tuvo celos de él durante mucho tiempo, pero ya se habían aplacado, si bien es cierto que cuando vio a su amiga vestida de novia no pudo evitar sentir que le habían robado algo suyo.

Reiko ha distribuido la comida en un montón de platos de diseño. Ha preparado *bagna cauda* de verduras de invierno al vapor, salmuera de cerdo cocido y cortado en lonchas finas, gratinado de leche de soja con puerro, arroz con ostras en cazuela de barro y sopa de miso. Todos son platos de temporada, y aunque la elaboración no es demasiado complicada, sí se notan los matices, la profundidad de los distintos sabores.

—¿No ayudan las ostras para el embarazo? —Rika mira a su amiga de reojo mientras se lleva a la boca el arroz que sabe a salsa de soja y huele a mar.

Tiene más apetito de lo normal. No solo por los platos de Reiko, sino porque ver comer a Ryōsuke despierta sus propias ganas de comer.

—¿Puedo repetir? —pregunta él—. El cerdo está muy tierno, riquísimo. A mí me parece que podrías abrir un restaurante, ¿no crees? —Le acerca el plato vacío a Reiko sin dejar de mirarla con unos ojos de admiración de los que apenas se ve una línea.

Reiko le sirve con un claro gesto de orgullo.

Rika se avergüenza de haber pensado que viven en un barrio sin historia, sin cultura. Debieron de hablar mucho entre ellos antes de decidirse por él, y probablemente lo hicieron movidos por su realidad financiera, por la comodidad y la seguridad. Reiko apenas mantiene contacto con sus padres.

—No quiero parecer superficial, pero a mí también me gustaría tener una mujer así. Es una alegría, ¿no, Ryōsuke?

Lo que Rika siente es envidia de él, no lo dice por cumplir. Él se limita a responder con una sonrisa. Entiende entonces el porqué de ese lustre en la piel de Ryōsuke, de ese aire despreocupado y fresco.

En su trabajo los hombres casados una generación mayor desprenden ese mismo aire de tranquilidad. La mayor parte de sus mujeres son amas de casa porque ellos están muy ocupados. Ella jamás se ha planteado esa vida, pero cree entender la enormidad de lo que esas mujeres ofrecen a sus familias y a sus maridos, como si cada noche les sanasen y desapareciese así el veneno del día a día. De no hacerlo, ese veneno acabaría carcomiendo sus cuerpos, como el de un compañero que falleció súbitamente el mes pasado y que estaba soltero y vivía solo. Rika piensa en su propio cuarto. Seguro que no se diferencia tanto del de ese hombre. Es una habitación fría que no limpia desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no te traes a tu novio la próxima vez? Aún no lo conozco. Se llama Makoto, ¿verdad?

«Ah, es cierto. Se me había olvidado que tengo novio.»

A Rika le dan ganas de echarse a reír. Makoto Fujimura y ella comenzaron a trabajar en la misma época, pero él está en la sección literaria. Empezaron como amigos, y quizás por eso la dulzura no impregna su relación. Entre semana apenas se cruzan por los pasillos, y cuando duermen juntos al menos una vez al mes, ya sea en casa del uno o del otro, se dan por satisfechos. Sin embargo, es una distancia que ella agradece.

—Oye, Rika, ¿cómo te alimentas normalmente? ¿Te cuidas? Te veo aún más delgada que antes. El otro día leí en alguna parte que las mujeres japonesas en la actualidad ingieren una cantidad de calorías aún más baja que en la posguerra.

—Ya. No tengo tiempo ni margen para cocinar. Ni siquiera tengo arrocera, la verdad. Casi todas las noches me surge algún compromiso y salgo a cenar con gente, con personas que me pueden facilitar algún tipo de información.

—Bueno, en ese caso imagino que al menos comes cosas que nosotros no podemos ni imaginar —le dice Ryōsuke.

Rika se acuerda de una ocasión en que la invitaron a cenar en un restaurante del distrito de Ginza, pero al ser la única mujer la obligaron a atender a todo el mundo. La mayor parte de esas personas con las que se ve a menudo confunden las cosas para su conveniencia hasta extremos realmente increíbles. Tal vez dan por hecho que si una mujer periodista se acerca a ellos es porque les interesan como hombres, no como fuentes de información para algún tema concreto. De pronto, nota la amargura de un puerro casi deshecho en el gratinado y decide cambiar de conversación.

—Yo no entiendo mucho de sabores. Tengo un paladar como el de los niños. Me vale con la comida preparada de los

supermercados o la que ofrecen para llevar algunos restaurantes.

Rika nunca se ha preocupado gran cosa por lo que come ni tampoco por su aspecto, pero como es alta y procura no superar nunca los cincuenta kilos llama la atención. Tal vez influida por su madre, una mujer con una conciencia muy desarrollada de la belleza, intenta comer lo mínimo posible por la noche, y aunque salga a cenar a un buen restaurante no se olvida de empezar siempre por la verdura y por la sopa. En el *konbini* que está justo enfrente de la oficina y al que va dos veces al día elige las cosas más ligeras: yogur, ensalada o fideos de soja. Como no tiene tiempo para ir al gimnasio, trata de caminar lo máximo posible. No es particularmente guapa, pero gracias a su cuerpo esbelto siempre la alaban y todo lo que se pone le queda bien, aunque sea ropa barata escogida de cualquier manera. Se mueve en un mundo en el que se gana y se pierde mucho en función de la apariencia. Los ojos rasgados y la cara angulosa le dan un aspecto varonil, y cuando estudiaba en el instituto femenino a menudo recibía cartas de compañeras de cursos inferiores.

—No creo que tengas mal paladar. Misaki-san siempre me ha dicho que no podía dedicar mucho tiempo a la cocina, pero que te daba lo mejor dentro de sus limitaciones. Te crio ella sola y siempre ha sido una madre mucho más decente de lo que han sido mis padres.

Reiko siempre llama Misaki-san a la madre de Rika, y lo hace con cariño.

Los padres de Rika se divorciaron cuando empezó la escuela secundaria. Su madre se asoció con una amiga y abrieron una tienda de productos gourmet. Su padre no se hizo cargo de nada, ni siquiera de su manutención, y como no podía contar con él a su madre no le quedó más remedio que ponerse a tra-

bajar sin disfrutar siquiera de días libres. Nunca se le dio bien cocinar, pero cuando vivía con su marido al menos se esforzaba y había un poco de variedad. Sin embargo, cuando estuvieron solas lo primero que le dijo fue: «Lo siento, Rika, a partir de ahora vas a tener que ayudarme». No le importó y lo hizo con verdadero entusiasmo. Antes de que regresase su madre, limpiaba la casa, ponía la lavadora y preparaba el arroz y alguna sopa. Su madre volvía sobre las ocho con comida preparada del Seijo Ishii o del Peacock, justo para una cena un poco tardía. No había comida casera, cierto, pero a cambio no padecían la tensión de cuando aún estaba el padre. Muchas noches quedaban para cenar fuera, como si fuera un juego, y con eso su madre le demostraba lo mucho que confiaba en ella.

Esa vida se prolongó hasta que Rika se fue de casa a los veintidós años. A medida que el negocio de su madre prosperaba, aumentaron sus oportunidades de viajar al extranjero, y por eso algunos meses pasaba más tiempo con sus abuelos en Okusawa que con su propia madre. Pero nunca dejaron de llevarse bien. Rika no pasó por una época de rebeldía y decidió sobre su vida por sí misma. Su madre tiene ya más de sesenta años. Aún trabaja en la segunda tienda que abrió en el distrito de Jiyugaoka. No lo dice abiertamente, pero parece ser que tiene un novio.

Cuando estaban en la universidad, Reiko iba a verlas a menudo a su piso de Hatanodai y cocinaba para ellas. Nunca dejaban de admirarse y sorprenderse con cada uno de sus platos, con esa maña suya con la cocina. Ya se tratase de un simple arroz con té o de un plato de pasta, demostraba un talento y una inventiva fuera de lo normal. Por ejemplo, añadir un poco de piel de *yuzu*¹ o limón con sal para transformar un

(1) *Citrus junos*. (Salvo indicación contraria, todas las notas son de los traductores.)

plato cotidiano en algo excepcional que nadie querría que se acabara. Reiko era la única hija de un matrimonio dueño de un viejo hotel en Kanazawa y tenía un sentido de la belleza y un espíritu rebelde al tiempo que resultaban inimaginables a la vista de su inocente apariencia. Ya desde muy pequeña los padres vivían separados bajo el mismo techo con sus respectivas parejas, reconocidas y toleradas sin que por ello nadie llegase a ocuparse nunca de ella como era debido. Para Reiko, que pasaba mucho tiempo con una sirvienta a quien le gustaba mucho cocinar, esa cocina *terrine*, el corte esmerado, una mesa inundada de platitos con las calorías perfectamente calculadas, eran algo similar a su familia. Siempre repetía como si fuese una obsesión: «Cuando tenga un hijo o una hija cocinaré todo y haré los pasteles con mis propias manos. De hecho, estoy estudiando qué alimentos son beneficiosos para la salud».

Aunque habían crecido en ambientes muy distintos, tenían en común una infancia en conflicto con la idea dominante de familia. Tal vez por eso hablaron con tanta naturalidad el día mismo de la ceremonia de entrada a la universidad, en cuanto sus miradas se cruzaron. Los ojos de Reiko, de hecho, todavía conservan intacto aquel brillo de curiosidad de entonces.

—Háblame de tu trabajo. ¿Qué pasa con la entrevista que le has pedido a esa tal Manako Kajii?

Manako Kajii es la principal acusada de varios asesinatos aún por resolver ocurridos en Tokio y que, desde hace años, causan una gran conmoción en la sociedad. Al parecer contactó con sus víctimas a través de una página de contactos, les robó todo su dinero y después los mató. Tenía un blog muy popular sobre alta cocina, sobre un estilo de vida lujoso que llamó mucho la atención antes de que la detuvieran. Salía a menudo a comer fuera y pedía platos típicos o ingre-

dientes de distintas regiones de Japón. Y no solo eso, ella misma tenía muy buena mano para la cocina. Los medios de comunicación no se han olvidado de ella y de momento no dan muestras de hacerlo. En la actualidad está presa en una cárcel de Tokio.

A Rika el caso le llamó mucho la atención desde el primer momento, pero cuando salió a la luz ella estaba en otra sección y no pudo trabajar en él. En cualquier caso, no se olvidó de él, y menos ahora que ha cumplido los años que Kajii tenía cuando fue detenida. Como ya han pasado las elecciones al fin puede permitirse ocuparse de ella.

—Tengo entendido que esa Manako Kajii, como la llama todo el mundo, come muchísimo, ¿no? Por eso está tan gorda. ¿Cómo es posible que una mujer así pudiera engañar a todos esos hombres? ¿Será por lo bien que cocina?

Reiko frunce el ceño por un instante en un gesto casi imperceptible y Rika se queda helada. Siempre ha sido muy sensible a cualquier forma de menosprecio hacia las mujeres, mucho más que Rika, pero esa clase de comentarios no son exclusivos de Ryōsuke. Con toda seguridad es la típica reacción de cualquier hombre en cualquier lugar del mundo. Si el incidente ha llamado la atención más de lo normal ha sido, precisamente, porque Kajii ha manejado a los hombres a su antojo y durante el juicio se ha comportado como una reina, a pesar de no ser ni especialmente joven ni especialmente guapa. En las fotos se notaba sin ningún género de duda que superaba sin problemas los setenta kilos.

—No se trata solo de cómo cometió los crímenes, sino del trasfondo, de algo que afecta a la sociedad en su conjunto... Da la sensación de que tanto sus víctimas como ella misma y otros hombres implicados en todo esto tienen en común el desprecio a las mujeres, aunque no sé si seré capaz de

transmitir esos matices en una revista semanal como la mía dirigida a un público masculino. De todos modos, aún no he obtenido respuesta a pesar de que le he escrito varias veces. Me he presentado en dos ocasiones en la cárcel, pero parece ser que no tiene ninguna intención de verme.

Antes de morir, las víctimas comentaron con sus seres más cercanos:

«Siempre he estado solo y me da igual que sea fea con tal de que se ocupe de mí en la vejez.»

«No me importa quién pueda ser siempre y cuando sea una mujer casera que cocine para mí.»

«Está gorda, en efecto, pero es muy distinguida, inocente y ajena a las miserias de la vida.»

De sus declaraciones se deduce que todos ellos dependían emocionalmente de ella, gastaban mucho dinero, y, a pesar de todo, no les dolían los comentarios desdeñosos de terceras personas. Durante el juicio, el fiscal ignoró las pruebas y coartadas y se centró en atacar la concepción de fidelidad de la acusada, por lo que se alejó a menudo del asunto central a juzgar y el proceso no dejó de alargarse en el tiempo. En determinado momento interrogó incluso a una de las testigos, una geriatra, y la trató como si la acusara de agresión sexual. El resultado de todo ello fue que tanto el caso como el proceso judicial suscitaron un debate público del cual surgieron opiniones divergentes, ya se tratase de hombres o mujeres. Un conocido comentarista llegó a decir algo que indignó a las mujeres y se vio obligado a pedir perdón públicamente.

—¿Cómo se llamaba su última víctima, ese *otaku* de internet? Parece ser que justo antes de que le atropellase el tren se acababa de comer un estofado de ternera que le había preparado Manako Kajii. Me pregunto si aprendió a cocinarlo

en ese curso de cocina francesa tan famoso, el Salon de Miyuko.

Reiko es una lectora voraz de revistas semanales de todo tipo, así como de cualquier cosa que se publique en internet. Siempre le ha interesado la crónica social, el cotilleo, aunque no por ello desatendió nunca sus estudios. De hecho, sacó tan buenas notas que se planteó hacer un doctorado.

El Salon de Miyuko es un curso de cocina dirigido a un público femenino muy concreto a cargo de Miyuko Sasazuka, chef del restaurante Balzac, en Nishiazabu. Los días que cierra el restaurante usan la cocina para las clases, los hornos profesionales, los utensilios e incluso los ingredientes. Son tres lecciones al mes a razón de quince mil yenes cada una, lo cual suma para quien asiste durante un año más de medio millón de yenes. Cuando finaliza el curso no se obtiene ningún título ni tampoco acredita para trabajar como profesional. Solo es un lujo accesible para mujeres con ingresos altos o amas de casa en una situación muy desahogada. Manako Kajii estaba entusiasmada con asistir a las clases, y una de sus víctimas se las financió. Acudió sin falta hasta dos meses antes de ser detenida. Después de realizar una simple búsqueda por internet aparece su fotografía en el curso junto al resto de las alumnas. Ella llama mucho la atención en el mal sentido de la expresión, con un vestido ajustado como si quisiera destacar a propósito su corpulencia respecto al resto de las mujeres, todas ellas vestidas muy chic y con un gusto exquisito. El caso es que, ante la presión de los medios de comunicación, se han visto obligados a suspender temporalmente las clases.

—Por cierto, su última víctima envió un mensaje a su madre para decirle que el estofado de Kajii estaba buenísimo, y el abogado defensor aprovechó ese detalle para poner en duda que una mujer capaz de cocinarle a su novio semejante

estofado pudiera empujarlo después a las vías del tren. ¡Ay, se me acaba de ocurrir una idea! La próxima vez que le escribas, ¿por qué no le pides que te dé la receta? No creo que pueda negarse.

Rika parpadea sorprendida. Jamás se le habría ocurrido semejante idea. Se acuerda de cuando Reiko trabajaba en el departamento de comunicación de la productora y siempre terminaba estableciendo una especie de complicidad con los agentes de los actores, e incluso con directores con reputación de hoscos, gracias a su atención a los detalles, a su humor y a los regalos inesperados.

—Es que a las mujeres a las que nos gusta la cocina nos encanta que nos pregunten por recetas, y acabamos hablando de cualquier cosa. Es casi una verdad absoluta. A mí me pasa, sin ir más lejos.

—Es cierto —confirma su marido—. Hace poco vino un compañero de trabajo con su familia y todos se volvieron locos con las empanadillas al vapor de Rei-chan. Les dio la receta, les explicó las distintas formas de prepararlas, les habló de varios aparatos para cocinar al vapor... Habló tanto que hasta yo me quedé sorprendido. —Ryōsuke se ríe al recordarlo.

—Oye, Ryo-chan, yo también quiero ir al Salon de Miyuko.

—¡Eso es imposible con mi sueldo!

Como postre sirve un *marron glacé* hecho por ella, un bizcocho de harina de arroz con sake dulce sin alcohol y té chai con jengibre. Rika le da la enhorabuena por el bizcocho, por su textura, y Reiko deja caer los ojos con un gesto de enfado.

—Queda poco para Navidad, y en realidad quería preparar un *bûche de Noël* con una crema de mantequilla bien contundente. Por cierto, Ryo-chan, le he pedido a Rika que me trajese mantequilla, pero es imposible de encontrar por aquí. No voy a poder preparar bizcochos durante una buena

temporada. Me tengo que conformar con este *chiffon cake*, que se hace con aceite vegetal.

—¡Pero si está blandito, buenísimo! Dicen que no habrá mantequilla durante una buena temporada. Parece ser que el verano pasado hizo demasiado calor y eso provocó mastitis a las vacas. Este año ha sido aún peor y han tenido que importarla de fuera. Me pregunto dónde habrá ido a parar toda la que había antes. Además, cada vez hay menos gente dedicada a la producción de lácteos. A lo mejor pronto nos vemos obligados a importar todos los productos lácteos del extranjero. Para una empresa pequeña como la nuestra esta situación es un gran perjuicio.

Rika asiente a las palabras de Ryōsuke y de pronto se acuerda de que a Kajii le gusta mucho la mantequilla. Lee por encima las entradas de su blog y se le ha quedado grabado que habla hasta la saciedad de mantequillas de primera categoría. De hecho, durante el juicio se demostró que había comprado un lote enorme de cerca de dos mil yenes con la tarjeta de crédito de una de sus víctimas sin que él lo supiera. Nació y se crió en el norte, en la prefectura de Niigata, rodeada de vacas y productores de lácteos, de ahí su afición por ellos. En internet hay muchos comentarios y burlas al respecto. Por ejemplo: «Lo más seguro es que se ha puesto así de gorda de comer tanta mantequilla»; «A lo mejor la usaba con propósitos obscenos».

Rika se marcha pasadas las nueve de la noche a pesar de que sus amigos le piden que se quede más tiempo e incluso le ofrecen pasar la noche allí, como si no quisiesen despedirse. Pero ella vuelve directamente a la oficina con un pedazo de *chiffon cake* y un *onigiri* de arroz con ostras que le ha preparado Reiko.

«Solo quiero mantener relación con personas capacitadas para entender lo auténtico. No hay demasiada gente

auténtica.» Es una frase de Manako Kajii que aparece repetida muy a menudo en su blog, una frase que se ajusta a la perfección a alguien como Reiko. Antes de atravesar el torniquete de acceso a la estación se da media vuelta para echar un último vistazo al barrio. Las luces de las casas dispersas por la colina producen ahora una sensación más cálida que antes. Cuando saca la tarjeta del metro nota un cierto brillo en las puntas de los dedos. Incluso las cutículas de las uñas están mejor.

—La discusión sobre el asunto de la pornovenganza solo se centra en la equivocación cometida por las víctimas, en el hecho de haber permitido que se tomaran imágenes comprometidas, pero al enfocarlo de ese modo perdemos la verdadera esencia de la cuestión. Mientras insistamos en la responsabilidad de la víctima, este tipo de incidentes no dejarán de aumentar.

Los brazos del comentarista enfundados en las mangas de la americana del traje y apoyados de cualquier manera en la mesa destacan por la longitud desde los codos hasta las muñecas. Tiene las mejillas morenas, delgadas, el pelo entrecano, y bajo sus grandes ojos, que de abrirlos un poco más se le saldrían de las órbitas, se aprecian con toda claridad unas ojeras negras que le dan a su rostro un aspecto poco saludable. Cada vez que relaja el gesto adusto o mueve la nuez arriba y abajo por toda la extensión de su cuello consigue que Rika sea incapaz de quitarle los ojos de encima. El magacín televisivo donde colabora le ha pedido opinión sobre el estrangulamiento de una mujer que trabajaba en el distrito de Hamamatsuchō, asesinada después de que su exnovio colgara fotos suyas desnuda en internet.

—No sabía que el Shinoi ese participase en programas así. Tiene cara de *yakuza*, y desde luego no es un tipo joven, pero sus puntos de vista parecen muy próximos a los de las mujeres y seguro que a las amas de casa que ven estos programas les encanta. No tiene mal aspecto para su edad.

Rika oye a su espalda el comentario de su compañero Kitamura. Es cuatro años menor que ella.

—¿Tú crees? —Fuerza una sonrisa para aparentar que no le interesa el asunto y agarra el mando de la tele tirado de cualquier manera encima de un desvencijado sofá.

Yoshinori Shinoi es un conocido periodista que trabaja para una gran agencia de noticias y últimamente se prodiga en la televisión. Siempre ha sido la persona indicada a la que acudir en determinados casos y es un viejo conocido de la revista. La tele está en un rincón de la redacción apañado con un sofá en forma de U, el lugar ideal para tomarse un descanso. Si uno no se preocupa por las miradas ajenas, se puede incluso echar una cabezadita de vez en cuando. Rika baja el volumen y se fija en la pared amarillenta por culpa de la nicotina que se cuele por debajo de la puerta de la sala de fumadores justo delante de ella.

De todo el edificio de la editorial Shūmeisha, este, la redacción del semanario *Shūkanshūmei*, es el único departamento que cuenta con una sala de fumadores. De ahí entra y sale gente sin parar, porque los fumadores empedernidos de la sección literaria y de ventas se toman la molestia de venir aquí para fumar. El único momento en que puede pasar un rato sola y distraída es por la mañana temprano, cuando aún no hay mucha gente en la oficina. Rika ha venido pronto a buscar unas cosas y, como le sucede siempre que se sienta en el sofá, acaba relajándose demasiado. Saca el desayuno: un *onigiri* del *konbini*. Quita el celofán que lo envuelve. Aún

está caliente, porque la dependienta lo ha metido en el microondas. Mientras rebuscaba en la estantería repleta de comida, de pronto ha sentido nostalgia por el cálido recibimiento de su amiga Reiko la semana pasada, y por eso se ha decidido por un sabor que, en condiciones normales, no elegiría nunca.

—Respecto al crimen de Hamamatsuchō... Fuiste tú quien dio la primicia de que la policía no admitía como agravante el hecho de que el sospechoso ya hubiera seguido y acosado a dos exnovias. ¿No es así, Machida?

Kitamura se ha sentado a su lado no sabe cuándo y se dirige a ella de un modo informal, como si tuvieran la misma edad. Viste una camisa de rayas bien planchada que destaca sobre su cuerpo delgado sin un gramo de grasa, sin tan siquiera una ligera protuberancia. Su pelo suave y ligeramente castaño produce un llamativo contraste con su piel blanca. Kitamura en realidad tiene pinta de señorita de buena familia: duerme más que nadie, no bebe alcohol, no fuma y tiene un olfato increíble para las películas y los libros a los que nadie presta atención aún. No parece el típico periodista de un semanario, jamás se le ve cansado, de mal humor o enfermo; de hecho no muestra el más mínimo entusiasmo por el trabajo. Aunque, por extraño que suene, le cae bien a todo el mundo.

—Bueno, eso fue un golpe de suerte. No me apetece ir a la reunión de redacción de hoy. Esta semana no he encontrado nada decente, y ya me dan igual las primicias: suponen demasiado sufrimiento. Y, total, no importa lo que hagas, no tardan ni un segundo en aparecer en internet.

—Si en una revista como la nuestra dirigida a hombres adultos publicamos algo sobre las novedades en el impuesto de sucesiones o sobre la prevención del cáncer, se venderá

más o menos. En realidad, basta con mantener un cierto nivel. No hace falta que nos esforcemos por escribir sobre las diez mejores maneras de seguir teniendo relaciones sexuales hasta la muerte.

El jueves es el día en el que se presentan los temas sobre los que trabaja cada cual. El viernes, es decir, mañana, el jefe de redacción decide los artículos que llevará el próximo número y durante el fin de semana hay que terminarlos. Todos los meses toca hacer cuatro sprints, los cien metros lisos, lo cual a lo largo de un año suma un total de cuarenta y ocho carreras. Tras diez años en la revista, Rika se ha acostumbrado a ese ritmo, lo ha interiorizado y nunca deja de tener esa sensación de correr a todas horas ya esté dormida o despierta. De los setenta empleados de la revista, hay diez fotógrafos, ocho de administración, once editores y el resto redactores. Rika es la única mujer con contrato fijo y la única que queda de las cinco que entraron a trabajar al mismo tiempo. Dos pidieron el traslado a otro departamento y las otras dos renunciaron por problemas físicos o psíquicos. Tenía otras compañeras algo mayores y le enseñaron algunos trucos del oficio, pero también se trasladaron a otras secciones después de casarse. Compatibilizar un embarazo o la crianza de los hijos con un trabajo como ese es imposible, a no ser que una esté dotada de poderes sobrenaturales.

—Oye, Machida, si sigues publicando primicias llegarás a convertirte en la primera editora jefa de la revista. De verdad te admiro.

Firmar un artículo en el semanario *Shūkanshūmei* es algo a lo que solo tienen derecho los editores. El objetivo de Rika es publicar en algún momento y firmar con su nombre.

—¿Qué dices, Kitamura? A ti eso de los ascensos te da exactamente igual.

La desidia de Kitamura hacia el trabajo le impide desarrollar una dedicación verdadera, como si su único propósito fuera volver a casa lo antes posible, pero, al menos, es tan evidente, demuestra tanta integridad en ello, que todo el mundo le respeta. No consigue primicias, pero su falta de emoción hacia el trabajo le lleva a ser sumamente preciso, rápido, a no cometer un solo error. Sin embargo hoy, cosa extraña, parece muy interesado en hablar con Rika.

—Manejas mucha información, la verdad. Da igual si se trata de crónica social, deporte... lo que sea. No quiero ser descortés, pero desde mi perspectiva... no sé, no me parece tan sencillo que la policía o los funcionarios faciliten información a una mujer periodista, por mucho que la aprecien, ¿no crees? Aunque dedique el mismo tiempo y la misma energía, al final son siempre los hombres quienes terminan ganándose la confianza de los clientes.

En el mundillo suelen referirse a las fuentes de información como «clientes». El *onigiri* solo era una masa de arroz inodora e insípida, nada que ver con el de Reiko. Sí ha notado la temperatura en la punta de la lengua, pero nada más atravesar la garganta se ha transformado en algo frío en dirección al interior de su cuerpo. Ayuda a pasarlo con un poco de refresco de té verde y luego trata de quitarse un grano de arroz perdido entre los dientes con la lengua.

Con el rabillo del ojo ve al señor Shinoi en la televisión. Asiente ligeramente cuando escucha el comentario del presentador.

—Estás en clara desventaja y, a pesar de todo, consigues una primicia tras otra. Debes de tener una fuente excepcional, supongo, aunque seguro que no quieres revelar su nombre.

«Este Kitamura no entiende nada, y aun en el caso de que lo hiciera, tampoco creo que le importe demasiado», se

dice Rika a sí misma mientras contempla sus ojos más claros de lo normal sin perder una ligera sonrisa.

—Disculpe, señorita Machida. ¿Cuándo va a recoger esa caja? —Una universitaria en prácticas, Yuu Uchimura, se lo pregunta en voz alta con un tono de molestia. Desde que le ofrecieron un contrato fijo a partir del próximo año ya no mantiene tantas reservas como antes.

En cualquier caso, Rika aprovecha la situación para levantarse y deja a Kitamura en el sofá.

—Pediré que me la manden a casa pronto, lo siento.

Se dirige a su mesa a toda prisa, coloca la caja debajo para que no interrumpa el paso y se sienta. Un blog de tres años impreso en papel equivale a una caja grande de cartón. Manako Kajii tenía la costumbre de escribir mucho y, por si fuera poco, publicaba varias entradas al día, es decir, una montaña de papel impreso. Lo eliminaron de internet, pero una de las fuentes de Rika lo había guardado y gracias a eso ahora lo tiene en su poder. Saca de la caja las entradas correspondientes a cinco días y les echa un vistazo. Esa vida que describe de salir a comer por ahí e ir de compras parece propia de una aristócrata. Se suceden las descripciones de tiendas famosas de Tokio, de dulces y vinos que cualquiera identificaría como de primera categoría: Senbikiya, New York Grill, Joël Robuchon, Nadaman, Maxim's de Paris y L'Écrin. Son nombres clásicos, e incluso alguien como Rika los reconoce a la primera, pero las opiniones de esa mujer no le llegan, como si las hubiera sacado de otro sitio. Lee y relea las frases que no consiguen impresionarla, incapaz de retenerlas. Hay mucho copiado de libros o de otros blogs.

Manako Kajii nació en Fuchū, una ciudad dentro del área metropolitana de Tokio, pero su padre decidió echar una mano en el negocio del abuelo, una agencia inmobiliaria, y se mudaron a Yasudamachi, en la prefectura de Niigata. Su

madre era profesora de arreglos florales y tenía una hermana siete años menor. Creció en un ambiente desahogado y nada más terminar el instituto se fue a Tokio para estudiar en la universidad, aunque dejó los estudios a los tres meses. A partir de ese momento no trabajó en nada, o al menos no tenía profesión conocida, se dedicó a vivir de los hombres y fijó su residencia en Fudōmae, en el distrito de Shinagawa, al amparo de una peculiar red de hombres ricos, todos ellos a las puertas de la vejez. En el año 2013 la detuvieron acusada de tres asesinatos acaecidos en el transcurso de tres meses. Las víctimas eran hombres solteros entre los cuarenta y los setenta años, todos ellos residentes en el centro de Tokio, y a los tres los contactó a través de páginas web. Los tres se plantearon muy en serio el matrimonio. Ella les pedía dinero con la excusa de pagar un curso de cocina, o por algún problema familiar, y así logró reunir, poco a poco, una suma enorme. En los tres casos las causas de la muerte parecieron fortuitas: un suicidio al tirarse a las vías del tren, una sobredosis accidental de somníferos y muerte por ahogamiento en la bañera. Las pesquisas llevaron hasta ella porque en los tres casos se encontraba con las víctimas justo antes de que murieran. Se la acusó también de fraude a otros cinco hombres. Las pruebas materiales no resultaron concluyentes, pero la condena fue a cadena perpetua. Nada más dictarse la sentencia recurrió, y en la actualidad está encarcelada en Tokio a la espera del juicio de apelación fijado para la próxima primavera. Es bien sabido que no acepta ningún tipo de entrevista y siempre ha mostrado una abierta hostilidad hacia los periodistas.

El incidente llamó mucho la atención del público, y en gran medida fue por su aspecto. Antes siquiera de plantearse si era guapa o fea, todo el mundo se fijaba en que estaba gorda. Fue una auténtica conmoción para muchas mujeres, y en

los hombres provocó una reacción casi anormal de asco, de odio. Desde que un individuo empieza a tener conciencia, la sociedad le hace entender que, si una mujer no está delgada, no cuenta para nada. En un contexto así, estar gorda y no someterse a la tiranía de las dietas se convierte en una elección para la que hace falta tener mucho valor; implica resignarse a algo, pero, al mismo tiempo, ganar algo.

Sin embargo, y por encima de cualquier otra cosa, Kajii es una mujer que se perdona a sí misma. Ignora su condición física y se acepta porque se considera decente. Demanda con toda naturalidad ser amada, incluso adorada, recibir regalos y guardar la máxima distancia posible con las cosas que no le gustan, ya sea el trabajo o cualquier tipo de colaboración. Como resultado de todo ello, ha creado un medio ambiente confortable para sí misma y ha mantenido en todo momento una actitud indiferente ante todo lo que pasaba a su alrededor. A Rika nunca ha dejado de sorprenderle todo eso y, más aún, el hecho de que haya obligado a los hombres a entregarle cantidades de dinero que sumadas superan los cien millones de yenes. Cualquier mujer tiene el derecho de perdonarse a sí misma, obviamente, demandar cuidados, pero algo tan elemental resulta difícil de llevar a la práctica en este mundo. Las mujeres de éxito a las que Rika ha conocido con motivo de alguna entrevista así lo demuestran. Todas tienen miedo a algo y lo aguantan estoicamente a pesar de su éxito. Al mismo tiempo hacen gala de una modestia fuera de lo normal, como si por encima de cualquier otra cosa quisieran protegerse. Por mucho que los demás la valoren y la alaben por su trabajo, Rika también es incapaz de darse la aprobación general a sí misma. Las noches que se siente insegura, aun cuando tiene ganas de llamar a su novio, tiende a aguantarse porque piensa que no tiene derecho a comportarse de una

manera tan egoísta. Con los años ha ganado tranquilidad, pero de joven se sentía inquieta, insegura, inhábil a la hora de abordar cualquier cosa. Solo en contadas ocasiones logró vivir de veras el amor, y tanto ella como Reiko siempre se han valorado poco, nunca han sabido cómo pedir las cosas con naturalidad a los hombres. Tal vez tenga algo que ver la relación con sus padres en todo ello. Manako Kajii, por su parte, siempre mantuvo una excelente relación con su padre hasta su muerte hace ya algunos años. Incluso en algunos aspectos se comportaba como si fuera su novia.

En el caso de conseguir una entrevista con ella, Rika no solo tiene intención de acercarse a la verdad de los hechos por los que ha sido condenada, sino también de hablar sobre las dificultades de la vida que ella misma ha sufrido.

No obstante, no olvida la soledad y el sufrimiento de los hombres a los que engañó. Después de cenar en casa de Reiko comprendió a la perfección que el simple hecho de preparar una buena cena y escuchar las preocupaciones de los demás resultan imprescindibles para limar las asperezas del corazón. Visto desde esa perspectiva, entiende mejor la indiferencia de Kajii por el aspecto físico, por su personalidad. Quizás sus víctimas eran conscientes del engaño, pero la relación con una mujer de cuerpo cálido y suave pesaba más. Así y todo... siempre que llega a ese punto siente una aspereza, como si tocase papel de lija con la yema de los dedos, como si entre las grietas de su piel alcanzase a ver una ira oculta, sepultada desde hace mucho tiempo. No sabe contra quién va dirigida esa ira, y se pregunta si no será contra ese ambiente que solo espera de las mujeres que sean capaces de hacerse cargo de las tareas domésticas, como si tal cosa fuera lo más normal del mundo, y eso a pesar de que ella nunca lo ha hecho ni tampoco nadie se lo ha pedido.